



LA MESA COJA. HISTORIA DE LA PROCLAMA DE LA JUNTA TUITIVA DEL 16 DE JULIO DE 1809

Javier Mendoza Pizarro.

Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB).
Dutch Foreign Ministry. La Paz 1997.

Tristan Platt
University of St. Andrews

Bolivia, el único país sudamericano cuya pertenencia se plantea tanto a MERCOSUR como al Pacto Andino, es la bisagra cardíaca del continente. La ambigüedad de sus articulaciones externas se reflejan en divisiones internas, ninguna más intensa –hasta la oposición moderna entre collas y cambas– que la rivalidad andina entre Sucre y La Paz. Ya en 1825, el liderazgo nacional fue vinculado al debate sobre cuál de estas dos ciudades tuvieron la primacía en la declaración de la guerra contra España en 1809: la así llamada cuestión de la “primoginatura”. Aunque el movimiento paceño del 16 de julio sucedió después del 25 de mayo chuquisaqueño, La Paz consideró las acciones de su Junta Tuitiva más incendiarias que la posición táctica de lealtad al depuesto Rey Fernando VII recomendada por los “Doctores de Charcas”. Durante el siglo XIX, una Proclama revolucionaria fue regularmente atribuida a la Junta Tuitiva, “legitimizando la transferencia del gobierno a la ciudad más poblada de La Paz en 1899.

Pero la autenticidad de la Proclama de La Paz ha sido cuestionada. En otros documentos, la Junta Tuitiva regularmente protestó su lealtad al Rey, justo como los doctores chuquisaqueños habían aconsejado. No se mencionó la Proclama en el proceso de los rebeldes, aunque Goyeneche estaba decidido hacer de ellos un ejemplo”. Investigaciones recientes han mostrado que un supuesto signatario, Victorio García Lanza, ni siquiera estaba en La Paz en aquella fecha*. La investigación de Javier Mendoza parte de una

* Estanislao Just Leó, *Comienzo de la independencia en el Alto Perú. Los sucesos de Chuquisaca*. Editorial Judicial, Sucre, 1994.

colección de fichas preparadas por su padre Gunnar Mendoza, Director del Archivo Nacional de Bolivia (Sucre) hasta su muerte reciente. Ha correspondido a un sicólogo lanzar la herida dejada por la Guerra Civil de 1899, contribuyendo así a lo que el historiador catalán Josep Barnadas llama en su prólogo la “higiene mental” del país.

El texto de la Proclama de La Paz fue publicado por primera vez como un fotograbado de un misterioso “original” en 1896. Copiado varias veces, se encuentra ahora inscrito en un libro abierto de piedra erigido en 1975 en la Plaza Murillo de La Paz. Aquí una generación de colegiales han escuchado a sus profesores declamar las palabras heroicas atribuidas a Pedro Domingo Murillo y otros líderes de la insurrección del 16 de julio (“Com-patriotas: hasta aquí hemos tolerado una suerte de exilio en el mismo seno de nuestra Patria...”). Siguiendo a Bartolomé Mitre, el historiógrafo Gabriel René Moreno lo consagró como la primera declaración revolucionaria a surgir de las colonias españolas (a pesar de Caracas, Cusco, etc.) juicio confirmado en 1972 por Charles Arnade, historiador del nacimiento de Bolivia. Su autenticidad fue oficialmente reconfirmada por varios historiadores paceños en 1975. Eduardo Galeano utilizó algunas líneas como epígrafe de sus *Venas Abiertas...* Sin embargo, Mendoza Pizarro ha demostrado ahora que la revolucionaria “Proclama de la Junta Tuitiva” fue fabricada imaginativamente entre 1840 y 1896 como parte de la lucha secular de La Paz con Sucre por la “primogenitura”.

La primera referencia a proclamas que circulaban en La Paz durante 1809 aparece en el panfleto *Memorias Históricas* (La Paz 1840), que pretende representar un testimonio ocular de los acontecimientos, aunque también aquí Mendoza detecta intervenciones editoriales significativas. Mitre probablemente adquirió el panfleto en 1847 durante su exilio en La Paz, atribuyendo una Proclama anónima mencionada allí a la Junta Tuitiva en su *Historia de Belgrano...* (1858). Pero ya durante la instauración en 1854 de las fiestas julias, promovidas por el literario paceño Félix Reyes Ortiz, un periódico había vinculado esta proclama anónima con la Junta Tuitiva, autorizando la atribución en La Paz. Mendoza subraya este momento germinal en la creación de un mito histórico, siguiendo tenazmente las huellas que conducen al corazón de un complejo proceso de fabricación. El resultado es una perspectiva fresca sobre el pensamiento y la práctica cívica en La Paz durante el siglo XIX, que incluían la creación, tanto de los valores regionales y patrióticos, como de los documentos históricos necesarios para sustentarlos. Parecidos a las invenciones de Iolo Morgannwg para Gales, u “Oisín” para Escocia, el “texto fundador” imaginado de la libertad america-

na se sitúa, no en los orígenes crepusculares de la cultura altiplánica o celta, pero en medio de los gestos heroicos de la misma independencia americana.

El libro nació de una niñez pasada entre los estantes del Archivo Nacional de Bolivia, donde el autor miró a su padre mientras clasificaba las fuentes para una historia boliviana a crearse. Preguntado por su hijo por qué importaba la Proclama, Gunnar Mendoza contestó: “Es como esperar que un carpintero esté contento con una mesa que acaba de construir que tiene una pata más corta que las demás”. Esta concepción artesanal del arte del historiador implica “enderezar el testimonio de los hechos”. Mendoza Pizarro hace esto, hilvanando un sendero entre facsímiles falsos, “originales perdidos” o alterados, versiones múltiples, encabezamientos suprimidos y firmas fraguadas... Vale notar que la metáfora de la “mesa” surge de la misma fuente, la imaginación archivística criolla, que el mismo mito de la Proclama.

Sería inapropiado revelar todas las complejidades de la trama, que una manifestación sorprendente de la ingeniosidad criolla. Pero el texto de la Proclama incendiaria, cuyo “original” fue atribuido en 1896 a la Junta Tuitiva de La Paz, resulta estar basado en el de una proclama sin fecha, dirigida desde La Plata [sic] a los habitantes de La Paz entre mayo y julio de 1809, en una versión corregida y popularizada en Sica Sica por el sacerdote tucumano radical José Antonio Medina, una figura clave en los acontecimientos del 16 de julio de 1809, y la persona responsable para la supresión de todo lenguaje lealista en esta proclama chuquisaqueña. La Junta Tuitiva de La Paz nunca emitió ninguna Proclama, y fue tan aparentemente lealista como sus compañeros de Charcas. Finalmente escrito con compasión e ironía, *La Mesa Coja* es esencial para comprender la invención de los valores cívicos y las emociones conflictivas en el corazón ambivalente de la independencia sudamericana.